

DEFIANT

TERRY EAGLETON

PAIDÓS

Terry Eagleton
Ideología

PAIDÓS Esenciales

1.ª edición, octubre de 1997

1.ª edición en esta presentación, febrero de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Verso, Londres y Nueva York, 1995

© de la traducción, Jorge Vigil Rubio, 1997

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2005

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3544-0

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 635-2019

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Título original: *Ideology. An introduction*, de Terry Eagleton

Publicado en inglés por Verso, Londres y Nueva York

Diseño de la cubierta de Planeta Arte & Diseño

Diseño de interior de Carles Rodrigo Studio

Sumario

Introducción	13
<hr/>	
1. ¿Qué es la ideología?	20
2. Estrategias ideológicas	63
3. De la Ilustración a la Segunda Internacional	105
4. De Lukács a Gramsci	146
5. De Adorno a Bourdieu	189
6. De Schopenhauer a Sorel	237
7. Discurso e ideología	283
<hr/>	
Conclusión	321
<hr/>	
Notas	327
<hr/>	
Índice analítico y de nombres	333
<hr/>	
Lecturas complementarias	339
<hr/>	

¿Qué es la ideología?

Nadie ha sugerido todavía una adecuada definición de ideología, y este libro no será una excepción. Esto no se debe a que los entendidos en esta materia destaquen por una baja inteligencia, sino porque el término «ideología» tiene un amplio abanico de significados útiles y no todos compatibles entre sí. Aunque fuera posible, intentar sintetizar esta riqueza de significados en una sola definición de conjunto sería inútil. La palabra «ideología», se podría decir, es un *texto*, enteramente tejido con un material de diferentes filamentos conceptuales; está formado por historias totalmente divergentes, y probablemente es más importante valorar lo que hay de valioso o lo que puede descartarse en cada uno de estos linajes que combinarlos a la fuerza en una gran teoría global.

Para mostrar esta variedad de significados, haré una relación al azar de algunas de las definiciones de ideología actualmente en circulación:

- a) el proceso de producción de significados, signos y valores en la vida cotidiana;
- b) conjunto de ideas característico de un grupo o clase social;
- c) ideas que permiten legitimar un poder político dominante;

- d) ideas falsas que contribuyen a legitimizar un poder político dominante;
- e) comunicación sistemáticamente deformada;
- f) aquello que facilita una toma de posición ante un tema;
- g) tipos de pensamiento motivados por intereses sociales;
- h) pensamiento de la identidad;
- i) ilusión socialmente necesaria;
- j) unión de discurso y poder;
- k) medio por el que los agentes sociales dan sentido a su mundo, de manera consciente;
- l) conjunto de creencias orientadas a la acción;
- m) confusión de la realidad fenoménica y lingüística;
- n) cierre semiótico;
- o) medio indispensable en el que las personas expresan en su vida sus relaciones en una estructura social;
- p) proceso por el cual la vida social se convierte en una realidad natural.¹

Habría que puntualizar algunos aspectos de esta lista. Primero, no todas estas formulaciones son compatibles entre sí. Si, por ejemplo, ideología significa *cualquier* conjunto de creencias motivadas por intereses sociales, en ese caso no puede simplemente significar las formas *dominantes* de pensamiento de una sociedad. Otras definiciones pueden ser mutuamente compatibles, pero con algunas implicaciones interesantes: si ideología es tanto la ilusión como el medio en que los agentes sociales dan sentido a su mundo, en ese caso nos dice algo bastante deprimente acerca de nuestros modos rutinarios de dar sentido a la vida. En segundo lugar, podemos observar que algunas de estas formulaciones son peyorativas, otras lo son de manera ambigua y otras no lo son en absoluto. Sobre la base de algunas de estas definiciones nadie afirmaría que su pensamiento es ideológico, como tampoco nadie se referiría habitualmente a sí mismo como fofo. La ideología, como la halitosis, es en

este sentido lo que tiene la otra persona. Es una parte de lo que queremos decir al afirmar que el ser humano es racional y que nos sorprendería encontrar a alguien que sostiene convicciones que reconoce como ilusorias. No obstante, algunas de estas definiciones son neutrales en este sentido —por ejemplo, «un conjunto de ideas características de un grupo o clase social particular»—, y a este respecto uno podría denominar ideológicas sus propias ideas sin que ello implique que sean falsas o quiméricas.

En tercer lugar, podemos notar que algunas de estas formulaciones implican cuestiones epistemológicas —cuestiones que conciernen a nuestro conocimiento del mundo—, mientras que otras nada dicen al respecto. Algunas de ellas implican la idea de no ver la realidad debidamente, mientras que una definición como «conjunto de creencias orientadas a la acción» deja abierta la cuestión. Esta distinción, como veremos, es un importante motivo de discusión en la teoría de la ideología, y refleja una disonancia entre dos de las principales tradiciones de significación del término. En términos generales, una tradición central, que va de Hegel y Marx a Georg Lukács y a algunos pensadores marxistas posteriores, se ha interesado más por las ideas de conocimiento verdadero o falso, por la noción de ideología como ilusión, distorsión y mistificación; mientras que una tradición de pensamiento alternativa ha sido menos epistemológica que sociológica, y se ha interesado más por la función de las ideas dentro de la vida social que por su realidad o irrealdad. La herencia marxista se ha anclado entre estas dos corrientes intelectuales, y una de las tesis de este libro es que ambas tienen cierto interés.

Cuando se pondera el significado de algún término especializado, siempre es útil hacerse una idea de cómo lo utilizaría el hombre de la calle, si lo utiliza alguna vez. Esto no pretende reivindicar este uso como un tribunal de última instancia, una idea que muchos tacharían de ideológica; pero examinar el uso del hombre de la calle tiene sin embargo su utilidad. ¿Qué querría decir, pues, alguien al

observar, en el curso de una conversación en un bar: «¡Bah, eso es pura ideología!»? Presumiblemente, no que lo que se acaba de decir sea sencillamente falso, aunque pueda implicar esto; si eso era lo que se quiso decir, entonces ¿por qué no se dijo? También es improbable que la gente de un bar quisiera decir algo como «¡Eso es un claro ejemplo de cierre semiótico!», o que se acusasen acaloradamente entre sí de confusión entre la realidad lingüística y la realidad fenoménica. Sostener en una conversación normal que alguien habla de forma ideológica, es seguramente mantener que está juzgando un tema particular según algún rígido armazón o mediante ideas preconcebidas que deforman su comprensión. Yo veo las cosas tal y como son; usted las ve distorsionadas a través del corsé impuesto por algún extraño sistema doctrinario. Se sugiere generalmente que hay implícita una visión del mundo simplificadora —que hablar o juzgar «ideológicamente» es hacerlo de forma esquemática o estereotipada y quizá con un asomo o indicio de fanatismo—. Lo contrario a ideología sería aquí, de este modo, menos la «verdad absoluta» que unas ideas «empíricas» o «pragmáticas». Al hombre de la calle le gustaría oír que este punto de vista tiene el augusto apoyo del sociólogo Émile Durkheim, que caracterizó el «método ideológico» como un método consistente en «el uso de nociones para regir la fusión de los hechos más que la derivación de nociones a partir de ellos».²

Seguramente no es difícil mostrar lo equivocado de esta posición. Muchas personas admitirían que sin ideas preconcebidas de algún tipo —lo que el filósofo Martin Heidegger llama «precomprensiones»—, ni siquiera podríamos identificar una cuestión o situación, y menos formular un juicio sobre ella. No hay nada semejante a un pensamiento sin presuposiciones, y en este sentido podría decirse que todo nuestro pensamiento es ideológico. Quizás el atributo de ideas preconcebidas *rígidas* marca la diferencia: supongo que Paul McCartney ha comido en los tres últimos meses, lo que no es realmente ideológico, mientras que usted supone que él es uno de

los cuarenta mil elegidos que se salvarán el día del Juicio Final. Pero la rigidez de una persona es, patentemente, el espíritu abierto para otra. Su pensamiento es osado, el tuyo es doctrinal, y el mío es deliciosamente flexible. Ciertamente, hay formas de pensamiento que simplemente coligen una situación particular desde ciertos principios generales preestablecidos, y el estilo de pensamiento que llamamos «racionalista», en general, es culpable de esta equivocación. Pero queda por ver si todo lo que llamamos ideológico es, en este sentido, racionalista.

Algunos de los hombres de la calle más vociferantes son los sociólogos norteamericanos. En el período de posguerra, la creencia de que la ideología era una manera esquemática e inflexible de ver el mundo, frente a una sabiduría más modesta, fragmentaria y pragmática, se elevó desde la categoría de muestra de la sabiduría popular hasta la de teoría sociológica elaborada.³ Para el teórico político norteamericano Edward Shils, las ideologías son formaciones explícitas, cerradas, resistentes a las innovaciones, promulgadas con gran afectividad y que requieren la total adhesión de sus seguidores.⁴ Esto equivale a decir que la Unión Soviética es presa de la ideología, mientras que Estados Unidos ve las cosas como son realmente. Esto, como el lector advierte, no es en sí mismo un punto de vista ideológico. Buscar algún objetivo político, humilde y pragmático, como el derrocamiento del gobierno de Chile elegido democráticamente, es cuestión de adaptación realista a los hechos; enviar los tanques a Checoslovaquia es una muestra de fanatismo ideológico.

Un rasgo interesante de esta ideología del «fin de la ideología» es que tiende a concebir la ideología de dos modos bastante contradictorios, como algo ciegamente irracional y excesivamente racionalista a la vez. Por un lado, las ideologías son apasionadas, retóricas, y están impulsadas por algún credo pseudorreligioso e ignorante que el sobrio mundo del capitalismo moderno y tecnocrático ha superado felizmente; por otro lado, son sistemas conceptuales áridos que buscan reconstruir la sociedad desde la base de un acuerdo con

un plan incruento. Como ha expresado irónicamente estas ambivalencias Alvin Gouldner, la ideología es «el ámbito exaltado de la conciencia doctrinaria, dogmática, apasionada, deshumanizada, falsa, irracional y, por supuesto, extremista».⁵ Desde el punto de vista de una ingeniería social empirista, las ideologías tienen demasiado y muy poco corazón a la vez y, por lo tanto, pueden ser condenadas al instante como una fantasía ilusoria y como dogma rígido. En otras palabras, atraen la respuesta ambigua relacionada tradicionalmente con los intelectuales, que son despreciados por sus ensoñaciones visionarias, al mismo tiempo que son censurados por su distanciamiento clínico de los afectos comunes. Es una ironía sutil que, al buscar reemplazar un fanatismo ardiente por una austera aproximación tecnocrática a los problemas sociales, los teóricos del fin de la ideología reproduzcan inconscientemente la posición de aquellos que inventaron el término «ideología» en un primer momento, los ideólogos de la Ilustración francesa.

Una objeción a la idea de que la ideología consista en conjuntos particularmente rígidos de ideas es que no todos los conjuntos rígidos de ideas son ideológicos. Yo puedo tener ideas inflexibles poco comunes acerca de cómo cepillarme los dientes, sometiendo a cada uno de mis dientes a un número exacto de cepillados y utilizando sólo cepillos de dientes de color malva, pero sería extraño, en cualquier caso, llamar ideológica tal postura («patológica» sería un término más preciso). Es cierto que la gente, algunas veces, emplea la palabra ideología para referirse a una creencia sistemática en general, como por ejemplo cuando alguien dice que se abstiene de comer carne «por razones prácticas más que ideológicas». «Ideología», aquí, es más o menos sinónimo de «filosofía» en el sentido amplio que podemos dar a este término cuando decimos «El presidente no tiene filosofía», como dijera aprobatoriamente uno de los ayudantes de Richard Nixon en relación a éste. Pero sin duda, la ideología entraña a menudo mucho más que esto. Si estoy obsesionado con cepillarme los dientes porque si los británicos no tienen

buena salud entonces los soviéticos pisotearán con desprecio a nuestra débil y desdentada nación, o si hago un fetiche de la salud física porque pertenezco a una sociedad que puede ejercer un dominio tecnológico sobre todo excepto sobre la muerte, tendría mayor sentido describir mi comportamiento como motivado ideológicamente. El término ideología, en otras palabras, parece que hiciera referencia no sólo a sistemas de creencias sino a asuntos relativos al *poder*.

Así pues, ¿a qué hace referencia la ideología? Quizá la respuesta más general es que la ideología tiene que ver con la *legitimación* del poder de un grupo o clase social dominante. «Estudiar la ideología» —escribe John B. Thompson— es estudiar las formas en que el significado (o la significación) sirve para sustentar relaciones de dominio.»⁶ Ésta es probablemente la definición de ideología más ampliamente aceptada; y el proceso de legitimación implicaría, por lo menos, seis estrategias diferentes. Un poder dominante se puede legitimar por sí mismo *promocionando* creencias y valores afines a él; *naturalizando* y *universalizando* tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; *denigrando* ideas que puedan desafiarlo; *excluyendo* formas contrarias de pensamiento, quizá por una lógica tácita pero sistemática; y *oscureciendo* la realidad social de modo conveniente a sí misma. Tal «mistificación», como es comúnmente conocida, a menudo adquiere la forma de enmascarar o suprimir los conflictos sociales, de lo que se desprende el concepto de ideología como una resolución imaginaria de contradicciones reales. Probablemente, en cualquier formación ideológica actual estas seis estrategias se relacionan de forma compleja.

Esta definición, por lo demás persuasiva, de ideología plantea sin embargo dos obvias dificultades. En primer lugar, no toda creencia etiquetada comúnmente de ideológica está asociada a un poder político *dominante*. La izquierda política, en particular, tiende a pensar casi instintivamente en tales modos dominantes cuando considera el tema de la ideología; pero entonces ¿cómo calificaría-

mos las opiniones de los *levellers*,* los *diggers*, los *narodniks* y las sufragistas, que ciertamente no eran sistemas de valores dominantes de su época? ¿Son el socialismo y el feminismo ideologías y, en caso contrario, por qué no lo son? ¿No son tendencias ideológicas cuando están en la oposición política y sí cuando llegan al poder? Si lo que los *diggers* y las sufragistas creían es «ideológico», como sugeriría el uso común del término, entonces en modo alguno todas las ideologías son opresivas y espuriamente legitimadoras. De hecho, el teórico político de derechas Kenneth Minogue sostiene, sorprendentemente, que *todas* las ideologías son esquemas políticamente oposicionales, estérilmente totalizantes frente a la sabiduría práctica vigente: «Las ideologías se pueden especificar en términos de una hostilidad común a la modernidad: al liberalismo en política, al individualismo en la práctica moral, y al mercado en la economía». ⁷ Según este punto de vista, los partidarios del socialismo son ideológicos mientras que los defensores del capitalismo no lo son. La medida en que se está dispuesto a utilizar el término ideología en relación con las propias ideas políticas es un índice fiable de la naturaleza de la ideología política de uno. Hablando en términos generales, los conservadores como Minogue recelan de este concepto en su propio caso, por cuanto calificar de ideológicas sus propias creencias entrañaría el riesgo de convertirlas en objeto de contestación.

¿Significa esto, entonces, que los socialistas, las feministas y otros grupos radicales debieran expresar abiertamente la naturaleza ideológica de sus propios valores? Si el término ideología se limita a las formas de pensamiento social *dominantes*, tal iniciativa sería imprecisa e innecesariamente confusa; pero aquí puede parecer necesaria una definición más amplia de ideología, como cualquier tipo de intersección entre sistemas de creencias y poder político. Y tal

* Persona en pro de la igualdad de derechos. El resto de la enumeración se refiere a diferentes movimientos sociales. Los *diggers* (en inglés: «excavadores») son un movimiento populista y los *narodniks* son los miembros de un grupo intelectual ruso que creyó que el campesinado sería el motor de los cambios sociales. (*N. del e.*)

definición sería neutral acerca de la cuestión de si esta intersección desafía o confirma un particular orden social. El filósofo político Martin Seliger aboga precisamente por una formulación, al definir la ideología, como «conjunto de ideas por las que los hombres proponen, explican y justifican fines y significados de una acción social organizada y específicamente de una acción política, al margen de si tal acción se propone preservar, enmendar, desplazar o construir un orden social dado».⁸ Sobre la base de esta formulación tendría perfecto sentido hablar de «ideología socialista», como no lo tendría (al menos en Occidente) si ideología significara precisamente sistemas de creencias *dominantes*, y como tampoco lo tendría, al menos para un socialista, si ideología se refiriera ineludiblemente a ilusión, perplejidad y falsa conciencia.

Ampliar el alcance del término ideología de esta manera tiene la ventaja de permanecer fiel a un uso más común y así resolver el aparente dilema de por qué, por ejemplo, el fascismo tendría que ser una ideología pero no el feminismo. Tiene, no obstante, la desventaja de parecer desechar del concepto de ideología un número de elementos que muchos teóricos radicales han considerado un punto central de éste: la ocultación y «naturalización» de la realidad social, la aparentemente correcta resolución de las contradicciones reales, y así sucesivamente. Mi punto de vista personal es que los significados de ideología amplio y restrictivo tienen sus usos, y que su incompatibilidad recíproca, al ser fruto de historias políticas y conceptuales divergentes, debe reconocerse sin más. Este punto de vista tiene la ventaja de ser fiel a la frase implícita de Bertolt Brecht —«¡Utilizad lo que podáis!»— y la desventaja de una excesiva caridad.

Tal caridad es un error porque corre el riesgo de ampliar el concepto de ideología hasta el punto de volverlo políticamente desdentado; y éste es el segundo problema de la tesis de la «ideología como legitimación», que atañe a la naturaleza del poder en sí. Según el punto de vista de Michel Foucault y sus seguidores, el poder no es algo limitado a los ejércitos y a los Parlamentos: es, más bien, una

red de fuerza penetrante e intangible que se entrelaza con nuestros más ligeros gestos y nuestras manifestaciones más íntimas.⁹ Según esta teoría, limitar la idea del poder a sus más obvias manifestaciones políticas sería por sí misma una iniciativa ideológica que ocultase la compleja difusión de sus actividades. Que concibamos el poder como algo que determina nuestras relaciones personales y actividades rutinarias es un beneficio político claro, como las feministas, por ejemplo, no han tardado en reconocer; pero entraña un problema para el significado de la ideología. Porque si no hay valores y creencias *no* ligadas estrechamente con el poder, el término ideología corre el peligro de extenderse hasta dejar de ser reconocible. Cualquier término que lo cubra todo pierde su filo y queda reducido a un sonido vacío. Para que un término tenga significado, debe ser posible especificar qué sería, en circunstancias particulares, lo opuesto a él —lo que no necesariamente significa especificar algo que fuese *siempre y en todas partes* lo contrario de él—. Si el poder, como el propio Todopoderoso, es omnipresente, la palabra ideología deja de distinguir cualquier cosa en particular y se convierte en algo carente de información —igual que si cualquier forma de comportamiento humano, incluida la tortura, puede pasar por muestra de compasión, la palabra compasión se reduce a un significado vacío.

Fiel a esta lógica, Foucault y sus seguidores abandonan sin más el concepto de ideología, reemplazándolo por el de «discurso», de mayor alcance. Pero esto puede ser renunciar demasiado deprisa a una distinción útil. La fuerza del término ideología reside en su capacidad para discriminar entre aquellas luchas del poder que son de alguna manera centrales a toda forma de vida social, y aquellas que no lo son. A la hora del desayuno, una pelea entre marido y mujer sobre quién dejó que se churruscara la tostada no es necesariamente un asunto ideológico; pero se convierte en tal cuando, por ejemplo, empiezan a entablar cuestiones relativas al poder sexual, opiniones en relación con el papel de los sexos, y así sucesivamente.

Decir que este tipo de discusión es ideológica marca la diferencia, nos informa de algo, como no lo hacen los significados más «expansionistas» de la palabra. Los radicales que sostienen que «todo es ideológico» o que «todo es político» parecen no darse cuenta de que corren el peligro de segar la hierba que crece bajo sus pies. Tales eslóganes pueden desafiar valiosamente una definición excesivamente limitada de política e ideología, una definición idónea para el propósito del poder dominante de despolitizar sectores enteros de la vida social. Pero ampliar estos términos hasta el punto en que se vuelvan coextensos es simplemente vaciarlos de fuerza, lo que es igualmente válido para el orden dominante. Es perfectamente posible estar de acuerdo con Nietzsche y con Foucault en que el poder está en todas partes, aun deseando, por determinados fines políticos, distinguir entre tipos de poder más o menos centrales.

Hay personas de izquierdas, no obstante, que se sienten incómodas por tener que decidir entre el sentido más o menos nuclear. ¿No es esto meramente un intento subrepticio de marginar ciertas luchas de poder que se han olvidado indebidamente? ¿Queremos establecer realmente una jerarquía de tales conflictos, reproduciendo así un típico hábito de pensamiento conservador? Si alguien realmente cree que una riña entre dos niños acerca de una pelota es tan importante como el movimiento de liberación de El Salvador, entonces simplemente se le tendría que preguntar si está bromeando. Quizás a fuerza del ridículo suficiente se le podría persuadir para que se convirtiera de forma adecuada en un pensador jerárquico. Los políticos radicales están tan centrados en el concepto del privilegio como sus adversarios: por ejemplo, creen que el nivel de provisiones de comida en Mozambique es un asunto de mayor peso que la vida amorosa del ratón Mickey. Pretender que un tipo de conflictos es más importante que otros implica, por supuesto, *abogar* por esta prioridad y estar abiertos a la desaprobación; pero nadie cree realmente que «el poder está en todas partes» en el sentido de que cualquier manifestación de éste es tan significativa como lo demás.

Sobre este tema, o quizás en todos los demás, nadie es de hecho relativista, diga lo que diga retóricamente.

Así pues, no todo se puede tachar útilmente de ideológico. Si no hay nada que no sea ideológico, el término se vacía y se pierde de vista. Decir esto no le compromete a uno a creer que haya un discurso que sea inherentemente no ideológico; significa sólo que en cualquier situación particular uno debe ser capaz de señalar lo que considera no ideológico para que el término tenga significado. No obstante, alguien podría pretender igualmente que no hay un fragmento de discurso que *quizá* no sea ideológico, dadas las condiciones apropiadas. «¿Ya has sacado al gato fuera?» podría ser una manifestación ideológica, si (por ejemplo) implicase tácitamente: «¿O eres el típico proletario apático?». A la inversa, la afirmación «Los hombres son superiores a las mujeres» no tiene que ser ideológica (en el sentido de defender un poder dominante); dicho en el tono irónico apropiado, podría ser una forma de subversión contra la ideología sexista.

Una manera de plantear esta cuestión es sugerir que la ideología es un asunto de «discurso» más que de «lenguaje».¹⁰ Esto concierne a los usos del lenguaje actual entre seres humanos individuales para producir efectos específicos. Uno no puede decidir si una afirmación es ideológica o no examinándola aislada de su contexto discursivo, como tampoco puede decidir de esta manera si un fragmento escrito es una obra de arte literaria. La ideología es menos cuestión de propiedades lingüísticas inherentes de una declaración que de quién está diciendo algo a quién y con qué fines. Esto no significa negar que hay «jergas» ideológicas particulares: por ejemplo, el lenguaje del fascismo. El fascismo tiende a tener su propio léxico (*Lebensraum*, sacrificio, sangre y tierra), pero lo que estos términos tienen sobre todo de ideológicos son los intereses de poder a que sirven y los efectos políticos que generan. Así pues, la idea general es que un mismo fragmento idéntico de lenguaje puede ser ideológico en un contexto y no en otro; la ideología es una función de la relación de una manifestación con su contexto social.

Pueden plantearse problemas similares a los del «omnipoderoso» si definimos la ideología como cualquier discurso ligado a intereses sociales específicos. Porque, de nuevo, ¿qué discurso no lo es? Muchas personas fuera de la academia de derechas sospecharían hoy de una noción de lenguaje totalmente desinteresado; y si estuvieran en lo cierto sería absurdo definir ideología como manifestaciones «socialmente interesadas», ya que esto no abarca absolutamente nada (la misma palabra «interés», dicho sea de paso, tiene interés ideológico: como Raymond Williams señala en *Keywords*, es significativo que «la palabra más habitual que indica atracción o compromiso se haya desarrollado a partir de un término objetivo formal que procede de la propiedad y las finanzas [...], este término hoy nuclear para designar atracción, atención y preocupación está saturado de la experiencia de una sociedad basada en relaciones monetarias»).¹¹ Quizá podríamos intentar distinguir aquí entre tipos de interés «sociales» y puramente «individuales», de forma que la palabra ideología denotara los intereses de grupos sociales específicos en vez de, por ejemplo, el insaciable anhelo de alguien por el abadejo. Pero la línea divisoria entre social e individual es notablemente problemática, y los «intereses sociales» forman en cualquier caso una categoría tan amplia que implica el riesgo de vaciar una vez más de significado el concepto de ideología.

Puede ser útil, aun así, discriminar entre dos «niveles» de interés, uno de los cuales puede ser ideológico y el otro no. Los seres humanos tienen ciertos intereses «profundos» generados por la naturaleza de sus cuerpos: interés por comer, por comunicarse el uno con el otro, la comprensión y el control de su entorno y así sucesivamente. No parece muy útil que estas clases de interés puedan ser apodadas ideológicas, como opuestas, por ejemplo, a tener interés en derrocar el gobierno o a instalar más lugares para cuidar niños. El pensamiento posmoderno, bajo la influencia de Friedrich Nietzsche, ha combinado estos tipos de intereses diferentes de una forma ilícita, haciendo un universo homogéneo en el que todo, desde atar-

se los zapatos al derribo de las dictaduras, está nivelado según una cuestión de «intereses». El efecto político de esta acción es oscurecer la especificidad de ciertas formas de conflicto social, inflando enormemente la categoría de «intereses» hasta el punto donde nada resalta en particular. Describir ideología como discurso «interesado», entonces, exigiría la misma calificación que si se la caracterizara como una cuestión de poder. En ambos casos, el término es enérgico e informativo sólo si nos ayuda a distinguir entre aquellos intereses y conflictos de poder que en un momento dado son claramente centrales a todo un orden social, y aquellos que no lo son.

Ninguno de los argumentos presentados arroja mucha luz sobre las cuestiones epistemológicas involucradas en la teoría de la ideología —por ejemplo, sobre la cuestión de si la ideología puede ser considerada útilmente como una «falsa conciencia»—. Ésta es una noción de ideología bastante impopular en nuestros días, por varias razones. En primer lugar, la misma epistemología está en este momento de algún modo pasada de moda; algunos consideran una teoría del conocimiento ingenua y desacreditada aquella por la que algunas de nuestras ideas «encajan» o «corresponden a» la manera de ser de las cosas, mientras que otras no corresponden o encajan. Por otra parte, puede concebirse la idea de falsa conciencia como si implicara la posibilidad de percibir el mundo en cierto modo de manera inequívocamente correcta, lo que hoy suscita una profunda sospecha. Además, la creencia de que una minoría de teóricos monopolizan un conocimiento basado científicamente en cómo es la sociedad, mientras que el resto de la gente está sumida en una conciencia falsa o poco clara, no encaja particularmente en una sensibilidad democrática. Una nueva versión de este elitismo es la propuesta por la obra del filósofo Richard Rorty, en cuya sociedad ideal los intelectuales serán «ironistas», es decir, que practicarán una actitud caballerescas y distante hacia sus propias creencias, mientras que la masa, para quien tal ironía pudiera resultar un arma demasiado subversiva, seguirá saludando a la bandera y tomándose la vida en serio.¹²

En esta situación, a algunos teóricos de la ideología les resulta más sencillo abandonar sin más el problema epistemológico, favoreciendo en su lugar un significado de ideología más sociológico o político como medio en el cual los hombres y mujeres libran sus batallas sociales y políticas en el nivel de los signos, significados y representaciones. Incluso un marxista ortodoxo como Alex Callinicos nos insta a descartar los elementos epistemológicos en la propia teoría de la ideología de Marx,¹³ mientras que Göran Therborn subraya igualmente que las ideas de falsa y verdadera conciencia deberían ser rechazadas «explícita y decisivamente, de una vez por todas».¹⁴ Martin Seliger quiere descartar completamente este sentido negativo o peyorativo de ideología,¹⁵ mientras que Rosalind Coward y John Ellis, en el momento cumbre de impopularidad de la tesis de la «falsa conciencia», descartaban perentoriamente la idea como «absurda».¹⁶

Defender una definición de ideología más «política» que «epistemológica» no es pretender, por supuesto, que política e ideología sean idénticas. Una forma en que se podría concebir su distinción es la de sugerir que la política se refiere a los procesos del poder por los que las órdenes sociales se sostienen o desafían, mientras que la ideología denota las formas en que se aprehenden estos procesos del poder en el ámbito de la significación. No obstante, esto tampoco vale, ya que la política tiene su propio tipo de significación, que no tiene que ser necesariamente ideológico. Afirmar que hay una monarquía constitucional en Gran Bretaña es una declaración política; se convierte en ideológica cuando empieza a implicar creencias —cuando, por ejemplo, conlleva un corolario implícito de «Y esto es también algo bueno»—. Dado que, por lo general, esto se dice cuando hay gente alrededor que considera que la monarquía es algo malo, podemos sugerir que la ideología concierne menos a una significación que a los conflictos en el campo de la significación. Si los miembros de un grupo político disidente se dicen unos a otros «podemos derribar el gobierno», esto es un fragmento de discurso

político; si lo dicen al gobierno se convierte instantáneamente en una expresión ideológica (en el sentido amplio del término), ya que ésta ha entrado ahora en el terreno de la lucha discursiva.

Por varias razones, la concepción de la ideología como «falsa conciencia» no es convincente. Una de ellas tiene que ver con lo que se podría llamar la moderada racionalidad de los seres humanos en general, y quizás ésta sea más expresión de una fe política que de un argumento convincente. Aristóteles sostuvo que había un elemento de verdad en la mayoría de las creencias; y aunque nosotros hemos sido testigos de un irracionalismo bastante patológico en la política de nuestro siglo como para recelar de cualquier confianza demasiado optimista en alguna sólida racionalidad humana, seguramente es duro creer que masas enteras de seres humanos mantendrían durante un período histórico amplio ideas simplemente disparatadas. Las creencias profundamente persistentes han de sustentarse en cierta medida, siquiera tenuemente, en el mundo que nos revela nuestra actividad práctica; y creer que un inmenso número de personas viviría y algunas veces llegaría a morir en nombre de ideas absolutamente vacías y absurdas es aceptar una actitud poco congenial y degradante hacia los hombres y mujeres normales. Concebir a esas personas sumidas en un prejuicio irracional, incapaz de razonamiento coherente, es una actitud típicamente conservadora; y es una actitud más radical sostener que, aunque puedan estar afectadas por todo tipo de mistificaciones, algunas de las cuales podrían ser endémicas a la propia mente, no obstante somos capaces de dar sentido a nuestra vida de una manera moderadamente lógica. Si los seres humanos realmente fueran lo suficientemente crédulos y simplones como para dar su asentimiento a un gran número de ideas totalmente vacías de significado, podríamos preguntarnos razonablemente si vale la pena dar un apoyo político a tales personas. Si son tan crédulas, ¿cómo podrían esperar alguna vez la emancipación?

De este punto de vista se sigue que si nos encontramos con un

conjunto de, por ejemplo, doctrinas religiosas, mitológicas o mágicas que son objeto de compromiso para mucha gente, podemos estar razonablemente seguros de que tienen algo de verdad. Sin duda, esta verdad no tiene que ser aquella en la que creen sus postuladores; pero es improbable que sea un sinsentido sin más. Simplemente en razón de la extensión y duración de tales doctrinas, podemos suponer que en general codifican, siquiera de manera mistificada, necesidades y deseos genuinos. Es falso creer que el sol se mueve alrededor de la tierra, pero no es absurdo; y tampoco lo es sostener que la justicia exige que a los asesinos se les aplique descargas eléctricas. No hay nada ridículo en afirmar que algunas personas son inferiores a otras, ya que obviamente es cierto. En ciertos sentidos, algunas personas son de verdad inferiores a otras: tienen menos buen humor, son más propensas a la envidia, y más lentas en una carrera de cien metros. Puede ser falso y pernicioso generalizar estas desigualdades particulares en relación con las razas o con clases enteras de personas, pero podemos entender bien la lógica por la que se afirman cosas semejantes. Puede ser erróneo creer que la raza humana es tal desastre que sólo se podría salvar por obra de algún poder trascendental, pero los sentimientos de impotencia, culpa o aspiraciones utópicas que encierra ese dogma en modo alguno son ilusorios.

Además, aquí cabe otra observación. Por muy extendida que pueda estar en la vida social la «falsa conciencia», sin embargo puede afirmarse que lo que la mayoría de las personas dicen casi siempre acerca del mundo debe ser, en realidad, cierto. Esto, para el filósofo Donald Davidson, es una cuestión más lógica que empírica. Porque a menos que, argumenta Davidson, podamos suponer que la mayoría de las observaciones de la gente son exactas casi siempre, si esto no fuese así, supondría una dificultad insuperable conseguir entender alguna vez su lenguaje. Y el hecho es que sí *somos* capaces de traducir la lengua de otras culturas. Como uno de los comentaristas de Davidson formula el llamado principio de caridad: «Si pensamos que entendemos lo que la gente dice, debemos también consi-

derar correctas las mayoría de nuestras observaciones acerca del mundo en que vivimos». ¹⁷ Muchas de las expresiones en cuestión son bastante triviales, y no deberíamos subestimar el poder de la ilusión común: una encuesta de opinión reciente reveló que uno de cada tres británicos cree que el sol da vueltas alrededor de la tierra y uno de cada siete sostiene que el sistema solar es mayor que el universo. Sin embargo, por lo que respecta a nuestra vida social rutinaria, según Davidson no podríamos estar equivocados la mayor parte del tiempo. Nuestro conocimiento práctico debe ser mayoritariamente exacto, ya que si no nuestro mundo se desharía. Que el sistema solar sea o no mayor que nuestro universo no tiene mucha importancia en nuestras actividades sociales cotidianas, y por consiguiente es una cuestión sobre la que podemos permitirnos estar equivocados. En un nivel muy inferior, las personas que comparten las mismas prácticas sociales deben entenderse las unas con las otras correctamente la mayor parte del tiempo, aun si una pequeña minoría en las universidades ocupa su tiempo en discutir sobre la indeterminación del discurso. Aquellos que con razón subrayan que el lenguaje es un terreno de conflicto, algunas veces olvidan que el conflicto presupone un grado de acuerdo mutuo: no estamos políticamente *contrapuestos* si usted sostiene que el patriarcado es un sistema social objetable y yo sostengo que es una ciudad pequeña situada al norte del Estado de Nueva York. Una cierta solidaridad práctica está implícita en las estructuras de cualquier lenguaje común, por mucho que ese lenguaje pueda estar atravesado por divisiones de clase, género y raza. Los radicales que consideren esta perspectiva peligrosamente optimista, expresiva de una creencia muy ingenua en el «lenguaje ordinario», olvidan que tal solidaridad práctica y la confianza en el conocimiento son testimonios del realismo básico y de la inteligencia de la vida popular, tan desagradables para los elitistas.

No obstante, de lo que podría acusarse a Davidson es de pasar por alto esa forma de «comunicación deformada sistemáticamente»

que para Jürgen Habermas recibe el nombre de ideología. Davidson argumenta que cuando los hablantes nativos señalan repetidamente a un conejo y pronuncian un sonido, este acto de denotación debe ser la mayor parte del tiempo exacto, de lo contrario nunca llegaríamos a aprender la palabra nativa correspondiente a conejo, o —por extensión— ninguna otra de su lengua. Imaginemos, no obstante, un sociedad que utilice la palabra «obligación» cada vez que un hombre golpea a su mujer. O imaginemos a un observador externo a nuestra propia cultura al que, tras haberse familiarizado con nuestros hábitos lingüísticos, sus compañeros le preguntaran, al regresar a su país, qué palabra utilizábamos para expresar dominio y contestara «servicio». La teoría de Davidson fracasa si tenemos en cuenta estas desviaciones *sistemáticas* —aunque esto quizás estipule que para ser capaces de descifrar un sistema ideológico de discurso, debemos estar ya en posesión de los usos normativos y no deformados de los términos—. La sociedad de las esposas golpeadas debe usar la palabra «obligación» un suficiente número de veces en un apropiado contexto para que nosotros seamos capaces de descubrir el «abuso» ideológico.

Aun si es verdad que la mayoría de las ideas por las que la gente ha vivido no son simplemente disparatadas, no está claro que esta postura caritativa sea suficiente para desechar la tesis de la «falsa conciencia». Pues aquellos que sostengan esta tesis no tienen que rechazar que ciertas clases de ilusiones puedan expresar necesidades y deseos reales. Todo lo que pueden estar diciendo es que es falso creer que se debe ejecutar a los asesinos, o que el arcángel Gabriel está preparando su aparición el martes próximo, y que estas falsedades estén significativamente ligadas con la reproducción de un poder político dominante. No tendría que implicar que las personas no consideren tener buenas razones para sostener estas creencias; la cuestión puede ser simplemente que lo que ellas creen no es manifiestamente así, y que esto es un asunto de relevancia para el poder político.